

EL PROBLEMA AMBIENTAL Y LA INTELIGENCIA HUMANA

*La destrucción de nuestro planeta y los negacionistas*⁴³

Empezaré con un interesante debate que tuvo lugar hace algunos años entre Carl Sagan, el conocido astrofísico, y Ernst Mayr, el gran nombre de la biología en Estados Unidos.⁴⁴ Ambos estaban debatiendo acerca de la posibilidad de encontrar vida inteligente en otros planetas. Sagan, hablando desde el punto de vista de un astrofísico, señaló que existen innumerables planetas como el nuestro, por lo cual no habría ninguna razón para que no se hubiera desarrollado vida inteligente en alguno de ellos. Mayr, desde el punto de vista de un biólogo, sostuvo que era muy poco probable que efectivamente fuéramos a encontrar alguno. La razón era, dijo, porque tenemos exactamente un ejemplo: la Tierra.

El argumento básico de Mayr era que la inteligencia es una especie de mutación letal. Si echamos una mirada en torno al éxito biológico, lo que se mide esencialmente por la cantidad de individuos que existimos en un determinado espacio, veremos que los organismos más exitosos son aquellos que pueden mutar más rápidamente, como las bacterias, o aquellas otras especies que se han estabilizado en un determinado nicho ecológico, como los escarabajos. Estas especies lo hacen muy bien y podrán sobrevivir a la crisis del medio ambiente. Pero a medida que se asciende en la escala de lo que llamamos inteligencia, las especies son cada vez menos exitosas. Cuando llegamos al nivel de los mamíferos, vemos un número reducido de ellos en

43- Texto basado en la conferencia leída en la Universidad de Carolina del Norte, Chapel Hill, el 30 de septiembre de 2010.

44- El autor se refiere al debate organizado por Guillermo A. Lemarchand en 1995. Más tarde fue publicado en *Bioastronomy News: Newsletter of the International Astronomical Union Commission 51*, vol. 7, números 3 y 4, 1995, publicación de la cual Lemarchand era editor.

comparación, por ejemplo, con los insectos. Cuando llegamos al nivel de los primeros seres humanos, lo que podría considerarse 100.000 años atrás, descubrimos que su número era muy reducido. Somos algo así como el fraude de la naturaleza, una especie inteligente y numerosa. No obstante, este fraude o excepción no tiene más que unos pocos miles de años y no tiene ningún sentido desde un punto de vista evolutivo.

El argumento de Mayr fue que sería improbable encontrar vida inteligente en otros planetas, como es improbable que nosotros mismos, como especie, duremos mucho tiempo en este, ya que somos una mutación letal. Mayr también agregó un dato algo inquietante: el promedio de vida de una especie, de las miles de millones de especies que han existido, es de unos 100.000 años, lo que es más o menos la extensión de tiempo que los humanos modernos han existido.

Con la crisis del medio ambiente, ahora estamos en una situación en la que podremos dirimir si Mayr estaba en lo cierto o no. Si no se hace nada significativo al respecto, y muy rápidamente, entonces su predicción habrá sido correcta: la inteligencia humana es, en realidad, una mutación letal. Tal vez algunos seres humanos vayan a sobrevivir, pero será de una forma dispersa y seguramente en nada parecida a una existencia digna, tal como la entendemos hoy. Por supuesto, con nosotros vamos a llevarnos una buena parte del resto de las especies.

De cualquier forma, ¿no pensamos hacer nada al respecto? Las perspectivas no son muy favorables. Como todos saben, hubo una conferencia internacional sobre esto mismo en diciembre de 2009.⁴⁵ Fue un desastre total, sin ningún resultado. Las economías emergentes, China, India y otras, argumentaron que era injusto para ellos soportar la carga de un par de siglos de destrucción del medio

45- Conferencia Internacional sobre el Cambio Climático organizada por la ONU en Copenhague, Dinamarca, (7 al 18 de diciembre de 2009). Meses antes, las Naciones Unidas promovieron una campaña con el objetivo de apoyar esta conferencia. Participaron 192 países pero las expectativas fueron frustradas por los acuerdos finales entre Estados Unidos y China, que fueron considerados insuficientes por las organizaciones vinculadas a la protección del medio ambiente.

ambiente por parte de las sociedades ricas y desarrolladas de la actualidad. Ese es un argumento comprensible, pero es uno de esos casos en los que uno puede ganar la batalla y perder la guerra: no va a ser muy útil para ellos mismos ya que si la situación ambiental empeora ninguna sociedad será viable. Incluso serán los países pobres, aquellos por los cuales están hablando, los más afectados. Ya lo son y el problema va a seguir empeorando. Por su parte, las sociedades ricas y desarrolladas están actuando de forma individualista. Europa está haciendo algo al respecto. Al menos ha hecho algo para bajar su nivel de emisiones. Estados Unidos no.

Hay un muy conocido escritor ecologista, George Monbiot, que escribió después de la conferencia de Copenhague que «el fracaso de la conferencia se puede explicar en dos palabras: Barack Obama». Tenía razón. La intervención de Obama en la conferencia fue, por supuesto, muy importante, dado el poder y el papel de los Estados Unidos en cualquier acontecimiento internacional, pero básicamente la liquidó. Sin restricciones, el Protocolo de Kyoto está muerto. Estados Unidos nunca participó en este protocolo y desde entonces las emisiones se han incrementado de una forma pronunciada, sin que se tome cartas en el asunto. Sí, unas curitas por aquí y por allá, pero, básicamente, nada. Por supuesto, no se trata solo de Barack Obama. Es toda nuestra sociedad y nuestra cultura. Nuestras instituciones están construidas de tal forma que tratar de lograr cualquier acuerdo al respecto va a ser extremadamente difícil.

Las actitudes sociales son un poco difíciles de juzgar. Hay muchas encuestas con diversos resultados, dependiendo básicamente de la interpretación que se les dé a las preguntas y a las respuestas. Sin embargo, una parte muy importante de la población, tal vez una gran mayoría, se inclina a descartar esto como si todo se tratase de una broma de los liberales.

Lo que es particularmente interesante es el papel del sector empresarial, que prácticamente controla el país y el sistema político. Son

muy explícitos. Los lobbies de las grandes empresas, como la Cámara de Comercio, el Instituto Americano del Petróleo, y otros, han sido muy claros. Hace un par de años dijeron que se iban a encargar del asunto y desde entonces lo han hecho: pusieron en marcha una campaña publicitaria a gran escala para convencer a la gente de que la amenaza no era real, de que todo se trataba de una farsa de la izquierda liberal. A juzgar por las encuestas, han sido muy efectivos.

Es particularmente interesante echar un vistazo a las personas que están ejecutando estas campañas. Son los directores ejecutivos de grandes corporaciones. Ellos saben tan bien como cualquiera que la amenaza es grave y muy real, que están poniendo en riesgo la vida de sus propios nietos. De hecho, están amenazando lo que ellos mismos poseen, es decir, el mundo, del cual son los dueños.

Todo esto parece irracional, y lo es desde una cierta perspectiva. Pero desde otro punto de vista es muy lógico. Esta gente actúa dentro de la estructura de las instituciones de las que forma parte, dentro de los sistemas de mercado. No de manera completa, pero sí en parte.

En la medida en que alguien participa en un sistema de mercado, necesariamente desechará lo que se conoce como las *externalidades*, que son los efectos que produce una transacción sobre los demás. Así, por ejemplo, si alguien me vende un coche, podemos tratar de hacer un buen negocio que resulte beneficioso para ambos, pero en esa transacción no tomaremos en cuenta los efectos colaterales de esa transacción que de alguna forma afectará a alguien más. Por supuesto, hay un efecto. Podrá parecer un efecto insignificante, pero si se multiplica el mismo efecto por miles o por millones es un gran efecto: la contaminación, la congestión, la pérdida de tiempo en los atascos de tráfico, todo ese tipo de cosas. Todo eso que generalmente uno no considera a la hora de hacer un negocio. Ese mecanismo es parte del sistema de mercado.

Recientemente hemos tenido que enfrentarnos a una muestra de todo eso. La crisis financiera tiene muchas raíces, pero la raíz funda-

mental ya era conocida desde hacía tiempo. Se habló de ello durante décadas. De hecho, ha habido repetidas crisis económicas y la última fue la peor de todas y se explica por el accionamiento de los sistemas de mercado. Si Goldman Sachs, por ejemplo, hace una transacción, en el caso de que esté haciendo su trabajo como se espera, y si los administradores están al tanto, estarán poniendo mucha atención acerca de qué y cuánto pueden obtener de la transacción. Por el otro lado, cualquier institución o cualquier persona, por ejemplo un deudor, va a hacer lo mismo. No toman en cuenta lo que se denomina el riesgo sistémico, es decir, la posibilidad de que la transacción que se está llevando a cabo pueda contribuir a colapsar todo el sistema. Esto no entra en la ecuación y es, en gran medida, solo una parte de lo que acaba de suceder. El riesgo sistémico resultó ser enorme, lo suficiente como para bloquear el sistema, a pesar de que las transacciones individuales eran perfectamente racionales dentro del sistema mismo.

No es que sean malas personas. Si no lo hacen, si algún director general dijera, «bueno, voy a tener en cuenta las externalidades», obviamente perdería su trabajo. Además, si no lo hace él lo hará algún otro en su lugar, porque esas son las reglas de juego. Esa es la naturaleza de la institución. El gerente o el director general pueden ser personas de bien, correctas en sus vidas privadas. Cualquiera de ellos puede inscribirse en el Sierra Club y dar discursos sobre la crisis del medio ambiente o lo que sea, pero en el papel de gerente corporativo no tiene mucho margen de maniobra. Esa persona está obligada a maximizar los beneficios a corto plazo y su participación en el mercado. Dentro de la institución, el comportamiento individual es perfectamente racional. Lo que resulta irracional es que las instituciones en sí mismas están programadas para colapsar.

Si nos fijamos, por ejemplo, en el sistema financiero, es impresionante lo que pasó. Hubo un colapso en la década de los 20, a la que siguió una gran depresión en la década de los 30. Pero entonces

se inventaron los mecanismos de regulación, más bien como resultado de una presión popular masiva. Durante todo aquel período de crecimiento económico que siguió, muy rápido y bastante equitativo, no hubo crisis financieras, debido a que los mecanismos de regulación interfirieron impidiendo que los principios mismos del mercado operaran de lleno. De esa forma se tenía en cuenta las externalidades. Eso es lo que hace un sistema regulado. El problema surgió cuando comenzó a desmantelarse ese sistema a partir de los años 70.

Mientras tanto, el papel de las finanzas en la economía se ha ido disparado. El porcentaje de las ganancias corporativas de las instituciones financieras no ha parado de incrementarse desde los 70. Todo esto ocurrió bajo el impacto de un tipo de fanatismo religioso llamado Economía. Básicamente consiste en el uso de hipótesis que no poseen ningún punto de vista teórico ni apoyo empírico alguno, pero que son muy atractivas porque con ellas se pueden demostrar teoremas si los teoremas son adoptados. No es broma. De esa forma tenemos la hipótesis del *mercado eficiente*, la hipótesis de las *expectativas racionales*, y así sucesivamente.

La difusión de estas ideologías, que son muy atractivas para la concentración de la riqueza y del privilegio social —y de ahí su éxito— se personificó en Alan Greenspan, que al menos tuvo la decencia de reconocer que todo ya estaba mal cuando se derrumbó. No creo que en toda la historia haya habido nunca un colapso de un edificio intelectual comparable a este. Sorprendentemente, no ha producido ningún efecto. Por el contrario, el sistema continúa operando, lo que significa que es útil a las estructuras de poder.

Bajo el impacto de estas ideologías, el sistema de regulación fue desmantelado sucesivamente por Reagan, Clinton y Bush. A lo largo de todo este período, se han producido repetidas crisis financieras, a diferencia de los años 1950 y 1960. Durante los años de Reagan, hubo algunas crisis realmente desastrosas. Clinton también dejó la presidencia con otra crisis: el estallido de la burbuja tecnológica. Bush,

su sucesor, nos dejó la crisis en la cual nos encontramos hoy. Desde entonces todas han ido de mal en peor. El sistema es siempre reconstruido inmediatamente, por lo que es muy probable que la próxima crisis sea incluso peor. Como ya dijimos, una de las causas, no la única, es el simple hecho de que en los sistemas de mercado no se toman en cuenta las externalidades, en este caso el riesgo sistémico.

Pese a todo, esto no es letal en el caso de las crisis financieras. Una crisis financiera puede ser terrible, millones de personas pueden perder sus trabajos y con ellos pueden arruinar sus vidas. Pero hay una manera de salir de ella. El contribuyente puede aparecer y salvar el sistema. Eso es exactamente lo que pasó. Lo vimos de forma impresionante en estos dos últimos años: cuando el sistema financiero se derrumbó, el gobierno, es decir el contribuyente, apareció para rescatar las grandes compañías financieras.

En el caso de la crisis ecológica, por ejemplo, no hemos visto a nadie tendiéndole una mano al medio ambiente para rescatarlo de la crisis actual. En este caso, las llamadas externalidades son nada más y nada menos que el mismo destino de la especie humana. Como en otros casos, también esas externalidades son despreciadas en el sistema de mercado, con la diferencia que en los otros casos siempre aparece el gobierno para corregir los problemas que se derivan de ellas. Por tanto, cuando nos referimos al medio ambiente, estamos hablando de una externalidad letal.

El hecho de que de forma natural se procede con la inacción ante semejante problema, sugiere que Ernst Mayr no andaba muy errado. Parece que hay algo en nosotros, en nuestra inteligencia, que nos hace capaces de actuar en formas que son racionales en un marco estrecho, pero con total irracionalidad a largo plazo, como si no nos importara en qué mundo habrán de vivir nuestros nietos. En el caso de Estados Unidos, podemos decir que somos el Estado más poderoso del mundo, que todo lo que hacemos tiene vastas consecuencias y, al mismo tiempo, tenemos uno de los peores historiales en este sentido.